

BIBLIOTECA  
**TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA**



EL  
**VERDUGO DE DIOS**

erein

# EL VERDUGO DE DIOS

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.*

1.ª edición: noviembre 2019

Diseño de la colección y portada: Aritz Albaizar  
Maquetación: Erein

© Toti Martínez de Lezea

© EREIN. Donostia 2019

ISBN: 978-84-9109-524-8

D.L.: SS-1106/2019

EREIN Argitaletxea  
Tolosa Etorbidea 107  
20018 Donostia  
T 943 218 300

e-mail: [erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)

[www.erein.eus](http://www.erein.eus)    

Imprime: Gertu inprimategia  
Zubillaga industrialdea, 9  
20560 Oñati, Gipuzkoa  
T 943 783 309

e-mail: [gertu@gertu.net](mailto:gertu@gertu.net)

[www.gertu.net](http://www.gertu.net)

BIBLIOTECA  
**TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA**

# **EL VERDUGO DE DIOS**

## *Vertus, 1239*

**E**l maestro de obras Geoffroi Bisol era un hombre ya maduro, de mirada penetrante, medio oculta bajo unas cejas espesas; abundante cabellera gris cubierta por un bonete y una espesa barba que lo hacía parecer mayor de lo que era. Vestía ropas de corte sencillo, sin pieles, adornos o joyas cosidas a ellas, pero la buena calidad de los paños desmentía la primera impresión que lo hacía parecer un simple artesano con algo de fortuna, un bodeguero o el dueño de un taller de telas. Se había ganado su fama trabajando en varias fábricas, entre las que destacaba la propia catedral de su ciudad natal, Troyes, y sabía que no le quedaría vida suficiente para realizar los encargos que esperaban sobre su mesa de trabajo. Se hallaba supervisando la reconstrucción de la catedral de Châlons, destruida por un incendio unos años antes, cuando recibió un mensaje instándole a regresar sin demora a Vertus. Temiendo que algo grave hubiera ocurrido en su casa, ordenó aparejar la mula y se puso de inmediato en camino.

Ya había oscurecido cuando distinguió la antorcha encendida que iluminaba la entrada a la aldea cuya principal ocupación eran las viñas que la rodeaban y en la cual Madeleine y él habían construido su nido, lejos de la ciudad. Casi todos los vecinos trabajaban en las viñas, y él mismo había adquirido una, de modestas dimensiones, en la cual se evadía siempre que el trabajo se lo permitía, es decir casi nunca. Su única hija, Alix, había nacido allí, llenando el espacio vacío que quedaba en su vida. A una edad en la cual sus conocidos ya eran abuelos, él había sido padre de una hermosa criatura. Por ella había vuelto a

nacer, por ella... y por Madeleine, una mujer del pueblo, buena y caritativa, que había creado un hogar para él, el que le faltaba desde la muerte de su madre, hacía ya diez años. Al igual que las antiguas sacerdotisas, mantenía el fuego del hogar encendido en todo momento y esperaba su regreso, aunque su ausencia fuera de días o, a veces, de meses. No hablaban mucho, sus lenguajes eran diferentes, sus ambiciones también. Él siempre tenía la mente repleta de líneas y de formas; ella escuchaba su silencio, y sus ojos mostraban la admiración que sentía cuando lo observaba trabajar, inclinado sobre su mesa; el entendimiento suplía con creces la falta de palabras. Y estaba el lecho, frío durante prácticamente toda su vida, y, de pronto, cálido y acogedor. No era un gran amante y tampoco podía decirse que alguna vez hubiera perdido la cabeza por un asunto que consideraba un mero desahogo, pero era reconfortante sentir a su lado el cuerpo de una mujer, oírla respirar. Desde su unión se había sentido un poco menos solo.

Antes siquiera de haberse apeado de la mula, le salieron a recibir varios de sus vecinos para comunicarle que Madeleine, junto con otras personas de la región, había sido apresada y llevada al castillo acusada de herejía.

—Dicen que hay allí cerca de quinientos detenidos —le comunicó su informante.

Hizo un cálculo rápido. El número le pareció un tanto exagerado, dado que los subterráneos del castillo no tenían capacidad para tanta gente. Lo sabía bien puesto que él había sido el constructor del edificio, pero le vino a la mente la imagen del ganado amontonado en corrales y cuadras, y sintió un estrechamiento.

—Dicen —prosiguió el hombre— que el inquisidor quiere dar un escarmiento y planea un juicio colosal; ha jurado acabar con todos los herejes de una sola vez.

—¡Satanás engendró a ese hijo con una bruja! —exclamó otro de los presentes, y los demás corroboraron su afirmaron.

La locura se había apoderado de la región de Champaña a finales del último verano y desde entonces no había paz en los hogares honestos. Gregorio IX había puesto en marcha, cuatro años antes, un tribunal religioso especial para juzgar los casos de herejía. Dicho cometido estaba en manos seculares, pero, a juicio del pontífice, los procedimientos eran demasiado lentos y las penas leves, a pesar de haberse ejecutado ya a un buen número de herejes. Razón por la que nombró al fraile dominico Robert Lepetit inquisidor para el norte de Francia, quien juró no descansar hasta no erradicar la herejía. A fe de muchos, lo estaba consiguiendo.

A Geoffroi le llevó un rato entender la razón por la cual Madeleine había sido encarcelada y escuchó atentamente las explicaciones que le dio un hombre entrado en años, vestido con un simple hábito negro a cuya cintura llevaba atada una cuerda y que se hallaba alojado en casa de otra de sus vecinas, la anciana Catherine, quien atendió a su mujer en el parto.

—Somos una comunidad cristiana que no hacemos mal a nadie —comenzó diciendo el hombre a quien llamaban obispo Moranis—; practicamos el amor hacia todos los seres humanos, incluso hacia los enemigos, y el cuidado de los pobres y de los enfermos, al igual que hizo Jesús. No pedimos dineros a nuestros seguidores, ni vivimos en monasterios; no tenemos iglesias ni catedrales. Nuestro templo es el mundo y nuestra fe el Sermón de la Montaña y el evangelio de San Juan. La Iglesia de Roma ha desencadenado sus furias contra nosotros, nos llama herejes y nuestros fieles sufren una terrible persecución, pero Cristo no tenía un techo sobre su cabeza; el papa vive en un palacio, y sus sacerdotes se enriquecen con el diezmo obligado. Aun así, creemos en la paz entre los hijos de Dios, condenamos

la pena capital porque nadie tiene derecho a arrebatarse la vida a un semejante y estamos seguros de que, al final, el Bien triunfará sobre el Mal. Nos conocen por cátaros –concluyó con una sonrisa.

–¿Cátaros? –interrogó estupefacto.

–Nosotros nos llamamos “buenos creyentes”.

–¿Y qué tiene que ver Madeleine con todo eso?

–Ella es una de los nuestros.

La respuesta lo dejó atónito y tardó en reaccionar. Echó una mirada a su alrededor. Sus vecinos, aquellas gentes pacíficas con las cuales a veces se entretenía, hablaba de vides y recolecciones e intercambiaba saludos, se le aparecían ahora bajo otro aspecto: eran miembros de una secta condenada por la Iglesia, herejes, y él se sintió en aquel momento como la mosca atrapada en una gigantesca tela, repleta de arañas. Su hija dormitaba sentada sobre una silla; la cogió en brazos sin decir ni media palabra y con el rostro lívido se encerró en su casa.

Pasó la noche en vela, sin dejar de vigilar el sueño tranquilo de la pequeña y temiendo que en cualquier momento aparecieran los sectarios, con su obispo al frente, para llevárselos a los dos. Le vinieron a la mente, durante aquellas largas horas, pensamientos terribles; tenía las ideas confusas y el corazón destrozado. ¿Cómo era posible que él no se hubiera percatado de nada?, ¿que Madeleine, su buena esposa, hubiera sido uno de ellos? Luego recapacitó. Su matrimonio no había variado su estilo de vida; las obras en lugares muy diversos lo obligaban a ausentarse de la casa durante largas temporadas. Su mujer y él nunca hablaban sobre sus creencias, jamás se habían confiado sus pensamientos y deseos más íntimos; le bastaba con sentirla cerca, yacer juntos de vez en cuando, y que ella compartiera su silencio.

No sabía mucho de aquellos cátaros aborrecidos por la Iglesia y acusados de la más terrible de las herejías: la negación

de la divinidad del propio Jesucristo, base de la doctrina de Roma. No creían tampoco en la virginidad de María, los sacramentos, el culto a los santos o a las reliquias; afirmaban la existencia de dos dioses: uno bueno y otro malo, creadores respectivamente del espíritu y de la materia, pero, sobre todo, acusaban a la Iglesia de Roma de ser instrumento del diablo. Era una religión de locos envenenados por creencias llegadas del oriente europeo y el papa había llamado a la cruzada contra ellos. En lo que iba de siglo, habían tenido lugar dos guerras cruentas con miles de muertos en el sur, en Occitania, y esta quedaba lejos de Champaña, país de catedrales y monasterios, cuyos verdes campos cruzaban los peregrinos que iban a posttrarse ante la tumba del santo apóstol Santiago, allá en Compostela. Al día siguiente, nada más rayar el alba y acompañado por Alix, se personó en el castillo condal y solicitó hablar con el inquisidor. Apenas pudo disimular su sorpresa cuando los introdujeron en una pequeña habitación y se encontró cara a cara con el dominico. No era la primera vez que se encontraban y el individuo no era una persona a la que se olvidaba con facilidad.

Unos años antes, en la villa de Reims, el fraile fue a visitar la catedral de Notre-Dame y no escatimó halagos ante aquella maravilla que se alzaba en el mismo lugar que el primer templo, ocho siglos atrás. Santuario de la realeza y una de las más hermosas construcciones del nuevo arte en Francia, provocaba el asombro de los visitantes por sus dimensiones y líneas armoniosas. El estilo era osado, arrogante, hermosísimo y controvertido; todos los maestros constructores, carpinteros, canteros, vidrieros del reino, deseaban trabajar en la fábrica de Reims. Geoffroi había sido uno de ellos y colaboraba en el portal central de la fachada occidental, el consagrado a la Virgen.

El fraile dominico admiraba la fachada cuando, de pronto, su rostro mudó del placer a la ira al contemplar la talla en piedra de la Virgen en la parte central superior. La imagen representaba a una mujer muy hermosa cuyo cabello, suelto al modo de las doncellas, enmarcaba un rostro sonriente y perfecto; vestida a la moda de las damas nobles de Champaña, los pliegues de su túnica sujeta bajo el pecho parecían tener movimiento, y sus brazos se extendían acogedores, invitando al abrazo.

—¡Blasfemia!

El grito indignado del fraile resonó por encima de las voces de los albañiles y los martillazos de carpinteros y canteros; el ruido cesó, y todas las cabezas se giraron hacia el vociferante.

—¡Blasfemia! —repitió—. ¡Indecencia e inmundicia!

—No os entiendo —dijo él, tan sorprendido como los demás por su reacción.

—¿Quién ha osado colocar a una ramera en la puerta de entrada a la casa de Dios? —insistió el dominico señalando con un dedo acusador a la figura.

—Es una imagen de Nuestra Señora, y he sido yo mismo quien la he esculpido —respondió ofendido.

—¡Arderéis en el infierno, maestro constructor! Esa mujer no es la madre de Cristo; es una ramera que sonríe con lascivia e incita a los hombres a acudir a su lecho.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, el ya inquisidor se había subido al andamio, había asido una barra de hierro y golpeado con furia la imagen, rompiéndola por la mitad. No contento con ello, continuó golpeando hasta destrozarla por completo. Geoffroi estaba paralizado y no daba crédito a sus ojos; jamás había sido agraviado de tal modo, jamás nadie se había atrevido a insultarlo de aquella manera. La estatua le había llevado meses de trabajo y el resultado, en su opinión, era lo mejor que había hecho en toda su vida.

—Quiero una imagen de María en el centro —le había dicho el obispo—, una imagen diferente a las demás; que esté viva, que respire. Esas vírgenes sentadas en majestad, con la corona en las sienes y el niño sentado en sus rodillas no me dicen nada, no expresan sentimientos.

Aunque estaba de acuerdo con el prelado, nunca se le hubiera ocurrido a él decir algo semejante, pero el arzobispo no era un hombre como los demás. Decía lo que le parecía y lo hacía bien alto para que no quedaran dudas. Era un hombre con una gran personalidad y miembro de una familia influyente, pero él, un simple maestro de obras no estaba a su altura y se limitó a afirmar con un gesto y a ponerse de inmediato a trabajar. El encargo le quitó el sueño hasta olvidar otras tareas pendientes; dibujó decenas de bocetos hasta dar con uno y sonrió satisfecho cuando, finalmente, logró plasmar sobre el papel lo que deseaba. Modeló la imagen en arcilla y, sin casi darse cuenta, cinceló después la figura de su mujer ideal. Estuvo a punto de lanzarse al cuello de aquel fraile loco que osaba destrozar su obra, pero se contuvo. El inquisidor era un enemigo peligroso, y él un hombre práctico; no estaba dispuesto a ser encarcelado o ejecutado por un arrebato de ira. La vida era algo más importante que el orgullo ultrajado.

—Me han dicho que mi esposa está aquí —dijo sin apenas responder al saludo, igualmente sorprendido, del dominico, quien lo reconoció nada más entrar.

—¿Vuestra esposa?

—Me han dicho que fue hecha presa hace unos días, acusada de... de herejía.

El fraile no respondió de inmediato y se lo quedó observando con detenimiento antes de hacerlo.

—¿No lo sabíais? —preguntó al fin.

—Lo supe ayer. He pasado las últimas semanas en Châlons dirigiendo la reconstrucción de la catedral.

El dominico hizo una seña a otro fraile que se mantenía cerca de la puerta y este desapareció, para volver al poco con una carpeta de piel, repleta de documentos.

—¿Cuál es el nombre de vuestra esposa?

—Madeleine, Madeleine Laforche.

Durante unos momentos, Robert Lepetit repasó, con el ceño fruncido, la relación de nombres inscritos en una lista extraída de la carpeta. Geoffroi no podía aguantar su nerviosismo y, al mismo tiempo, sentía un molesto cosquilleo en las palmas de las manos. Alix, ajena a la situación, comenzaba a impacientarse y a tirar del brazo de su padre, pero él la mantenía asida con firmeza.

—¡Aquí está! —exclamó finalmente el inquisidor con un tono de voz que al constructor le sonó a victoria.

—Exijo su libertad inmediata —ordenó, intentado mostrarse tranquilo—. Mi mujer no es una hereje.

—No exijáis nada, maestro, el asunto es mucho más grave de lo que vos suponéis. La Iglesia está en peligro; el reino entero lo está. Los herejes se han infiltrado por todas partes, amenazan a las buenas almas. Bajo una apariencia inofensiva, esconden los más terribles propósitos y pretenden acabar con el mundo creado por Dios Nuestro Señor.

—Mi esposa...

—Vuestra esposa es una de ellos —afirmó el dominico interrumpiéndole con sequedad—. Todos los nombres que aparecen en esta lista han sido examinados, interrogados y acusados formalmente de herejía.

—¡Tiene que haber un error!

—No hay errores posibles cuando está en juego la propia existencia de la Iglesia.

Geoffroi abandonó el castillo poco después. No solo no había conseguido convencer al inquisidor, sino que, en algún

momento, este le había aconsejado no insistir en el asunto so pena de verse él mismo acusado como sospechoso de defender la postura herética. Tampoco logró ver a Madeleine.

Durante varios días, después de dejar a su hija al cuidado de la mujer de Lucien, su maestro cantero, recorrió la región de Champaña en busca de ayuda; habló con obispos, abades, alcaldes, personas influyentes de las ciudades y pueblos en los que había llevado o llevaba a cabo alguna obra. Las sonrisas de bienvenida se trocaban en actitudes poco amistosas o, todo lo más, de conmiseración en el momento en el que mencionaba la razón de su visita. Únicamente encontró un oyente atento en el arzobispo de Sens, un viejo amigo, para el cual había trabajado en varias ocasiones.

—Querido maestro, me temo que os halláis en una situación difícil —le dijo el prelado al tiempo que lo invitaba a tomar asiento a su lado—. Lepetit es un hombre peligroso, decidido a todo con tal de hacer méritos ante el Santo Padre. Lleva ya algún tiempo acusando y logrando la ejecución de cátaros en otros lugares del reino. Ha encendido hogueras en Douai, Cambrai, Elincourt y en muchos otros sitios; cuenta con el beneplácito de altas instancias en la curia y el apoyo personal del rey Luis. He enviado varias cartas al papa en las cuales le muestro mi disconformidad con sus métodos de actuación, pero no he recibido sino buenas palabras a cambio y la confirmación del apoyo del cual goza este sujeto.

—Yo creía que el problema de los herejes concernía a los del sur, a los de las tierras del conde de Toulouse —masculló Geoffroi para sí, y añadió a modo de disculpa—: Nunca me he preocupado mucho por ese tema.

—La guerra en el Languedoc, la destrucción de poblaciones enteras y la muerte de miles de personas han dado mucho que hablar en los últimos años, pero esa idea que vos tenéis, y muchos

comparten, no es del todo correcta. Ocurre que en el sur el conflicto religioso va unido a otro político. A pesar de sus diferencias, esta vez el Santo Padre y el rey de Francia han llegado a un acuerdo para luchar contra un mismo enemigo; ambos tienen mucho que ganar. La Iglesia desea acabar con una creencia que pone en duda su legitimidad. y el rey tiene así una buena disculpa para frenar al conde de Toulouse y a sus nobles y, de paso, hacerse con sus tierras, las más ricas de Francia. Aquí, en el norte, aparte de algunas revueltas dirigidas por los barones, no existe el conflicto político y no hay razón para una guerra, aunque sí la hay para perseguir a los herejes. Os sorprendería saber que su doctrina tomó cuerpo precisamente en esta región hace ya un par de siglos o, tal vez, más.

—¿Tan terribles son?

Geoffroi recordó la figura de Madeleine inclinada sobre la cuna de su hija con gesto de amorosa protección; vio su rostro dormido y en paz, y sintió su mano apoyada sobre él mientras lo observaba trabajar. Jamás, en los pocos años transcurridos desde su unión, le había hablado de religiones o sectas; acudía a la iglesia los domingos y dedicaba parte de su tiempo a ocuparse de un par de familias necesitadas del pueblo; nunca le había escuchado una palabra malsonante, ni le había visto un ademán desabrido.

—No son terribles, pero sí peligrosos para la Iglesia. Además de amenazar la fe y la unidad cristiana, pregonan la pobreza, la carencia de bienes materiales y la igualdad entre los seres humanos. Esto hace que muchos los vean con simpatía en este mundo nuestro en el cual los pobres son casi todos. Aunque es extraño —meditó el arzobispo en voz alta— que también consigan adeptos entre las clases acomodadas.

—Madeleine no es uno de ellos —afirmó convencido el constructor.

–¿Cómo lo sabéis?

–Nunca ha dicho ni hecho nada que pudiera ponerme sobre aviso.

–No hace falta pregonar lo que se cree, basta con sentirlo.

–¿Y qué hay de malo en eso si no se hace daño a nadie?

–Sois un buen hombre, maestro, e intentaré ayudaros, pero Lepetit no goza de mis simpatías ni yo de las de él, así que no puedo prometeros nada.

Aún tocó Geoffroi a otras puertas con idéntico resultado hasta que, cansado, fue en busca de su hija y regresó a Vertus. Sintió una sensación de frío al penetrar en la casa, no solo porque el tiempo había sido desapacible y lluvioso durante las últimas semanas sino porque el hogar acogedor era ahora una vivienda vacía de calor humano. Como si hubiese tenido la misma percepción, Alix comenzó a llorar con desconsuelo, y el gran constructor capaz de elevar torres, planificar puentes y dar vida a las piedras, se dio cuenta de que era incapaz de ocuparse de una criatura de cinco años. Nunca se había preocupado por los menesteres caseros, siempre había tenido quien lo hiciera por él: primero su madre, luego sus ayudantes o sus mujeres, después Madeleine. . . Suspiró desalentado y miró a su alrededor, ¿por dónde empezar? La niña continuaba llorando y él no sabía qué hacer para calmarla cuando oyó llamar a la puerta y el corazón le dio un vuelco. Madeleine, ¡por fin! El arzobispo de Sens había cumplido su palabra. Se apresuró a abrir, y la sonrisa se borró de su rostro.

–Dejad que os ayude, maestro Geoffroi.

Catherine alargó los brazos para tomar a la niña, y él no pudo negarse. Alix dejó de llorar al sentirse acogida por la mujer que le había ayudado a nacer, la vieja partera cuyas ropas olían a hierbas y a musgo.

–Estáis agotado, maestro Geoffroi, lo leo en vuestro rostro –prosiguió la mujer al tiempo que acariciaba el cabello de la

niña—. Debéis descansar. Yo cuidaré de ella, al menos por esta noche, para que podáis dormir tranquilo. También os traeré un caldo de verduras para que tengáis algo caliente que echaros al estómago.

El constructor intentaba pensar mientras prendía fuego en el hogar a unos leños a medio quemar y añadía otros nuevos. Su ordenada vida había sufrido una sacudida de la noche a la mañana, convirtiéndose en un caos dentro del cual él giraba sin rumbo, como una peonza. Debería haber rechazado el ofrecimiento de su vecina. Su hija corría peligro entre aquellas gentes señaladas por el dedo implacable de la Inquisición, las mismas que habían pervertido a Madeleine y la habían atraído hacia ellas con malas artes, y sin embargo... El único ofrecimiento de ayuda verdadera había partido de una de ellas. Estaba demasiado cansado para poder pensar, la cabeza le daba vueltas, sentía las piernas flojas y los ojos se le cerraban. Comió, sin dejar una gota, el potaje de verduras traído por Catherine y se tumbó en la cama, quedándose inmediatamente dormido.

**E**l juicio contra los herejes, presidido por el conde Teobaldo de Champaña, tuvo una amplia repercusión en toda la comarca y en las tierras vecinas. Dieciséis prelados de las sedes episcopales del norte de Francia acudieron a las sesiones; también lo hicieron los abades y priores de las abadías y monasterios más importantes de la región, teólogos, maestros en leyes, escribanos, y todos los barones del condado. El arzobispo de Sens no acudió. Corrió el rumor de que era una forma de protesta, aunque nadie supo decir a ciencia cierta la razón de su ausencia, pero al maestro constructor se le esfumaron las pocas esperanzas que aún tenía.

A medida que se aproximaba el desenlace, el número de curiosos en los alrededores aumentaba día a día, como siempre ocurría en casos parecidos. Asimismo, llegaron al lugar multitud de mendigos, truhanes, prostitutas, vendedores ambulantes y predicadores iluminados a la espera de beneficios aprovechando la afluencia de público al evento. La perspectiva de un gran espectáculo en el cual, con toda seguridad, se ejecutaría a un buen número de hombres y mujeres no dejaba a nadie indiferente. El horror y la lástima se mezclaban, y la sensación provocada era difícil de describir.

—Los romanos les daban pan y circo; nosotros no les damos pan, pero sí herejes —comentó un barón en tono despectivo al observar a la muchedumbre acampada a los pies del castillo.

El maestro asistió al juicio mezclado entre algunos clérigos menores, alcaldes y pequeños señores rurales que habían tenido el privilegio de estar presentes, eso sí, en el fondo de la sala y de pie. Uno de los administradores del conde le proporcionó una autorización cuando él le explicó que su mujer estaría entre los acusados. Habían tenido relaciones durante el tiempo que duró la construcción del castillo y aún las mantenían, pero el hombre le instó a situarse en un lugar discreto y a pasar desapercibido.

—Es un momento muy delicado, maestro —le informó—. El *Bugre* está como salido de sí y no deja de detener a todo tipo de personas para engordar la causa. Ve herejes por todas partes. No le deis, os lo ruego, la oportunidad de hacer lo mismo con vos. Recordad que también tenéis una hija de la que debéis ocuparos.

El Bugre, así denominaban a los cátaros recordando que la herejía procedía de un país llamado Bulgaria. ¿Por qué llamaban del mismo modo al dominico si era su mayor enemigo?

—Porque fue uno de los nuestros —lo informó Catherine.

Había vuelto a tratar con sus vecinos de Vertus. Algunos habían sido detenidos después de su partida en busca de ayuda, y las familias penaban al igual que él. También habían apresado al que llamaban obispo, y que luego supo que era el guía espiritual de la comunidad. Por curiosidad, por entender lo que había llevado a Madeleine a unirse a ellos, por conocer el motivo por el cual aquellas gentes humildes arriesgaban sus vidas, y también por sentirse menos solo, hizo preguntas y a todas recibió respuestas.

Geoffroi fue conociendo la vida del hermano Robert Lepetit, el Bugre, por Catherine y otros miembros de la comunidad de Vertus. El hombre había sido fraile dominico hasta el día en que, obsesionado con una mujer, una buena creyente, la siguió hasta tierras italianas tras deshacerse de su hábito. Nadie supo muy bien explicarle lo que ocurrió después, pero, al cabo de algunos años, el antiguo renegado regresó a la fe de Roma convertido en la bestia que ahora era. Conociendo las señales, el lenguaje y simbología de sus antiguos correligionarios, le era fácil descubrirlos y se afanó en ello; fue nombrado *Cathars-cum-Inquisitor* para el norte de Francia por el papa Gregorio IX quien, en carta dirigida al provincial de los dominicos, pidió fuera enviado donde fuese necesario a fin de descubrir la herejía y, más concretamente, a las provincias de Reims y Sens, en las cuales los ministros de Satanás habían expandido la mala simiente. Al llegar a tierras de Champaña, el Bugre venía precedido de una fama siniestra puesto que hacia ya cuatro años que se dedicaba a sembrar el terror y a quemar herejes allí por donde pasaba.

Durante las sesiones del juicio, el constructor no perdió de vista al fraile; lo vio acusar, señalar con el dedo y decir cosas terribles, ante una audiencia deseosa de escucharlo y un tribunal dispuesto a creer en sus palabras. No le temblaba la voz cada vez

que condenaba a una persona, hombre o mujer, joven o viejo. Los reos, descalzos y encadenados también lo escuchaban. Introducidos en la sala en pequeños grupos eran conminados a abjurar de sus crímenes. Si lo hacían y se arrepentían, eran separados y condenados a penas de cárcel o azotes, al exilio o a pagar determinadas cantidades de dinero, según la gravedad de su caso. Los que perseveraban en sus creencias eran irremisiblemente condenados a ser quemados vivos.

Vio a Madeleine en uno de los últimos grupos y el corazón se le encogió de dolor. Debería de haber acudido en su ayuda, atravesado la sala y defenderla ante sus jueces, pero no lo hizo; permaneció quieto, incapaz de reaccionar cuando ella no quiso abjurar. No parecía sentir pena ni alegría. Miró al tribunal con indiferencia cuando escuchó su sentencia y se dejó conducir junto a los condenados a muerte sin haber abierto la boca, excepto para decir no cuando el Bugre la instó a renegar de su fe.

—Nosotros creemos que el mundo ha sido creado por el Mal —le informó Catherine al relatarle él lo sucedido y el extraño comportamiento de su mujer—, por lo tanto, no nos importa morir, pues es la única forma de que nuestras almas se vean libres de él.

Una pregunta le quemaba en los labios.

—¿Cuándo... cuándo decidió Madeleine ser una de vosotras? La mujer le miró sorprendida.

—¿Cuándo? Siempre lo ha sido; sus padres y sus abuelos y los abuelos de sus abuelos lo eran, al igual que los míos. En estas tierras han existido verdaderos creyentes desde hace mucho.

—Pero... acude a la misa dominical y a las procesiones.

—Yo también, y todos los demás. ¿Para qué hacer las cosas más difíciles de lo que ya son? En tiempos de mis abuelos hubo una gran persecución, muchos de los nuestros murieron en aquella ocasión, y otros tuvieron que emigrar. Los que

decidieron quedarse, aceptaron las reglas impuestas por Roma; fueron, digamos, perdonados, pero siempre hemos sentido su ojo vigilante sobre nosotros y, ya veis, teníamos razón.

Catherine también le habló de un hombre, llamado Leutard, quien doscientos años atrás había sublevado a los campesinos en contra de la Iglesia de Roma. Sus prédicas fueron seguidas con fervor y le acarrearón las furias de los poderes religioso y civil.

—Dicen que se quitó la vida, pero no es cierto. Nuestra fe nos prohíbe matar, por eso no comemos carne, y el suicidio es matarse a uno mismo. Lo asesinaron, ahogándolo en el pozo que está al lado de la iglesia de San Martín —concluyó convencida—. De todos modos, no murió en vano. Los que se marcharon llevaron sus palabras por todo el país y puedo aseguraros, maestro, que hoy en día no existe un rincón de la vieja Galia en la que no vivan buenos creyentes.

Estas conversaciones y otras mantenidas al amparo de la noche, en su casa o en las de sus vecinos, con las ventanas bien cerradas y las puertas atrancadas, informaron a Geoffroi sobre una comunidad cuya existencia había ignorado hasta entonces. Siempre se había limitado a cumplir con las devociones religiosas en las cuales su madre lo había educado; jamás se había interrogado sobre la existencia de Dios, estaba ahí y eso era suficiente para él. Tampoco había cuestionado nunca el dogma de la Iglesia, ni a sus ministros. En alguna ocasión su madre le había hablado de un antepasado, Geoffroi Bisol, uno de los nueve compañeros fundadores de la orden de los Pobres Caballeros de Cristo, más conocida como El Temple. Su madre estaba muy orgullosa de aquel antepasado, y era la razón de que le hubiera dado el mismo nombre, aunque a él le fuera indiferente. No conocía a ningún caballero templario y, visto los escasos medios económicos de su familia, tampoco parecía que un parentesco tan famoso les hubiera sido de mucha utilidad. Desde muy

joven había trabajado en la construcción de iglesias y monasterios; primero como aprendiz, después como cantero hasta, finalmente, obtener el difícil puesto de maestro constructor. Necesitó muchos años, casi toda su vida, infinidad de horas de trabajo, estudios de matemáticas y geometría, para alcanzar la cima en su oficio, una meta a la cual muchos aspiraban, pero pocos llegaban, y nada podía distraer su atención del trabajo. De todos modos, una cosa estaba clara: su nombre se lo debía a sí mismo y no al templario abuelo de su abuelo.

Durante el juicio, observó atentamente los rostros de aquellos que, como Madeleine, se negaban a abjurar de su fe. No comprendía su actitud. Hombres y mujeres, algunos muy jóvenes, aceptaban serenos, sin una protesta, sin un gemido, una condena a muerte que hubieran podido evitar con tan solo decir una palabra. Le hacían recordar a los santos mártires que él mismo había cincelado en capiteles y pórticos. También ellos prefirieron la muerte antes que renegar a sus creencias.

—Será un holocausto agradable a Dios.

Tardó en reaccionar al escuchar la voz del Bugre. La sentencia acababa de ser dictada: ciento ochenta y tres herejes, Madeleine entre ellos, serían quemados al día siguiente sin apelación posible; todos ellos habían admitido ser discípulos de Satanás y, a pesar de la benevolencia del tribunal y la oportunidad de salvar la vida, ninguno de ellos se había retractado de su terrible crimen. El constructor se apoyó contra el muro. Se sentía mareado, como después de haberse sobrepasado con la cerveza; las piernas le temblaban y era incapaz de pensar. Dos hombres, un fraile del Cister y un civil, hablaban a dos pasos de él.

—¿Redactaréis vos una memoria de los hechos, fray Aubri?

—preguntó el civil.

—He tomado notas desde el comienzo de este asunto infecto y he sido encargado de enviar una relación al Santo Padre,

aunque únicamente se hará pública una parte. No es necesario que el pueblo conozca al detalle las prácticas nauseabundas a las que estos herejes se entregan. No es bueno dar ideas a las mentes simples.

—¿Y cómo harán los fieles cristianos para reconocerlos?

—Por su hediondez. Su pestilencia es tal que las gentes honestas pueden reconocerlos cuando se cruzan en su camino.

Los vio alejarse, pero él permaneció apoyado contra el muro hasta que todo el mundo se hubo marchado. Madeleine olía a hierbas, a espliego y romero; olía a amanecer. ¿De qué diablos hablaba aquel fraile?

Al día siguiente, al igual que miles de personas, los vecinos de Vertus se dirigieron a la campa, bajo el castillo, en donde se alzaban tantas estacas como reos iban a ser ejecutados. El clima era desapacible, el cielo aparecía surcado por nubarrones grises con aspecto de ir a descargar en cualquier momento y el viento azotaba a rachas. Las estacas, en torno a las cuales se habían apilados montones de leña y ramas secas, semejaban esqueletos descarnados y a más de uno se le erizó el cabello ante la visión.

Geoffroi descubrió la cabellera rojiza, larga y abundante, agitada por el viento. Su mujer caminaba en la fila de los condenados que, precedidos por el inquisidor y varias decenas de frailes, emergía de las tripas del castillo. Por primera vez en su vida, creyó que los milagros eran posibles. Algo detendría la ejecución; tal vez el conde se apiadaría; tal vez un rayo caería sobre el Bugre; tal vez todo era un mal sueño del cual despertarían en cualquier momento. Tras ser atados a las estacas, el inquisidor dio lectura a los cargos y nombres de los condenados por el tribunal. Entre los murmullos de los espectadores y sus apagados gemidos, los reos escucharon de nuevo sus sentencias de muerte. El maestro constructor siguió con la mirada el punto rojizo y se entretuvo en contar las estacas clavadas en la explanada al pie

del monte Aimé, una colina en plena tierra de Champaña, para saber exactamente cuál era la de ella. Finalizada la lectura, dos docenas de frailes dominicos con cruces en las manos caminaron entre los condenados, alentando un último arrepentimiento y abandonando finalmente el lugar para dar paso a los verdugos. Geoffroi supo que los milagros no existían cuando el aire se llenó de humo y de gritos.

Momentos después, una densa capa de humo negro se elevó hacia el cielo. La oscuridad cubrió la luz del día, y los miles de personas llegadas desde todos los rincones de la región y desde las tierras vecinas temblaron de terror: estaban en el centro del infierno tantas veces anunciado por los curas desde los púlpitos durante los sermones dominicales. Las llamas abrazaron los cuerpos de los condenados cuyos alaridos enmudecieron las voces, y el aire esparció el olor a carne humana quemada. Una mueca de disgusto se plasmó en los rostros de los espectadores que se llevaron las manos a narices y bocas, pero no retrocedieron ni un paso, intentando no perder de vista el último movimiento, el postrero estertor de los sacrificados.

En una zona, algo apartada de la muchedumbre, un pequeño grupo contemplaba impotente la ceremonia. Geoffroi tenía los ojos fijos en las piras humanas, mantenía las mandíbulas apretadas y los labios habían desaparecido bajo una línea blanca. En un momento determinado dirigió la mirada hacia la tribuna engalanada con pesadas telas de terciopelo rojo y el escudo de la casa de Champaña.

—¿Quiénes son los de la tribuna? —preguntó volviendo a mirar en dirección a la hoguera.

—El conde, los barones, obispos y abades de la región —respondió otro hombre—. Gente importante.

—También está el hijo de perra —añadió una mujer anciana con las mejillas húmedas por las lágrimas—. ¿Cómo pudieron los

nuestros acogerlo entre ellos? –inquirió a continuación, pero no obtuvo respuesta alguna.

La mirada del constructor se dirigió de nuevo hacia la tribuna de las personalidades, centrándose esta vez en la enjuta figura vestida con el hábito dominico situada junto al conde. El fraile asía con fuerza la balaustrada, y su cuerpo inclinado por encima de esta parecía que fuera a caerse de un momento a otro. Justo entonces, el aire arreció con fuerza intensificando el olor a carne quemada y aventando cenizas sobre los espectadores. El conde y sus acompañantes se apresuraron a abandonar el lugar, y la tribuna quedó vacía, a excepción del dominico que continuó en su puesto, ajeno a lo que ocurría a su alrededor. También los espectadores comenzaron a dispersarse.

–¿Venís, maestro?

–Enseguida voy.

–¿Estáis bien?

El hombre hizo un gesto afirmativo. Catherine apoyó una mano sobre su brazo y lo apretó con cariño; fue a decir algo, pero se limitó a menear la cabeza de un lado para otro y, a una seña suya, los miembros del grupo emprendieron el camino hacia Vertus, la pequeña población vecina al monte Aimé.

Geoffroi Bisol permaneció en la explanada mucho tiempo después de que todo el mundo hubiera desaparecido, incluidos los últimos curiosos y los soldados del castillo, y el fraile negro quien por fin había decidido retirarse. En la lejanía, las miradas de los dos hombres se encontraron, aunque ninguno de ellos pudiera distinguir las facciones del otro. El humo se había disipado, y únicamente quedaban huesos y pequeños rescoldos candentes donde unas horas antes existían personas vivas. Con paso lento, el maestro se aproximó y permaneció absorto en la contemplación del lugar. Luego, contó las filas hasta llegar a la cuarta y los montículos hasta el sexto, comenzando por

la derecha, y se detuvo. Sus mandíbulas seguían firmemente apretadas. Al cabo de un rato, se dejó caer de rodillas; recogió con ambas manos las cenizas aún templadas que no habían sido dispersadas por el viento y los restos óseos no consumidos, y llenó con ellos una arqueta de madera que extrajo de su morral. Lanzó una nueva mirada a su alrededor, hizo la señal de la cruz y echó a andar cuando la oscuridad hacía ya tiempo que había envuelto la hermosa tierra de Champaña.

Unos meses antes disfrutaba de una vida sin sobresaltos, el mejor de los trabajos y una familia, y ahora... Apretó el morral que contenía la arqueta de madera y tuvo que detenerse unos momentos para coger aire antes de continuar avanzando. No tenía prisa, no quería llegar a su casa y enfrentarse a la realidad. Miró hacia lo alto del monte donde se recortaba la silueta del impresionante castillo cuyos formas y medidas él mismo había trazado más de veinte años atrás por orden de Blanca de Navarra, madre del conde Teobaldo. Era el castillo más bello de la región y uno de los más imponentes de todo el territorio francés, orgullo de sus propietarios y de él mismo. Había sido su primer encargo verdaderamente importante y la puerta de su renombre.

—Maldito seas, Teobaldo de Champaña, rey de Navarra, así la lepra recubra tu cuerpo, y tu carne caiga a pedazos en una larga agonía —musitó sin alterar el tono de su voz.

Un par de días más tarde abandonó la casa en la que había vivido con su mujer y su hija los últimos seis años; recogió sus dibujos, la arqueta de madera con los restos de Madeleine y alguna que otra cosa; aparejó un carro con toldo y se dispuso a emprender un largo camino. No se despidió de nadie, salvo de Catherine.

—Si alguien pregunta por mí, dile que he emprendido un viaje —rogó a la partera—. Y si se interesa por saber cuándo estaré de regreso, dile que algún día, tal vez.

—¿Volveréis?

—No lo sé.

Sabía que no volvería jamás. Con la ejecución de su esposa y de sus compañeros, se había roto el lazo que lo unía a la tierra en la que había nacido. No deseaba compartir el aire con sus asesinos; no quería trabajar para ellos, ni realizar hermosas construcciones para la gloria de un dios cuyos ministros y seguidores realizaban sacrificios humanos al igual que, se decía, hacían los antiguos paganos. Al mismo tiempo, y aunque aún no fuese del todo consciente, se culpaba de la muerte de su compañera, por no haber intentado evitarlo, por no haber estado con ella hasta el final. Se sentía cobarde y sucio, decepcionado consigo mismo, hastiado.

—La niña...

—Estará bien, no te preocupes. Lucien, mi maestro cantero, y su mujer, vienen con nosotros.

—Maestro...

Catherine parecía querer decirle algo más, pero no acababa de decidirse y él esbozó una sonrisa para animarla.

—Veréis... Tengo algo en mi poder que no debe caer en malas manos —la mujer extrajo un rollo del bolsillo de su faltriquera—. Es un documento. Yo no sé leer y no sé a quién confiárselo.

—¿Qué es?

—No lo sé, señor. Ya os he dicho que no sé leer, pero, vistos los acontecimientos, es peligroso guardarlo aquí, en Vertus.

—Destruyelo.

—¡No podría hacerlo! —exclamó Catherine, escandalizada—. Os ruego que os lo llevéis. Estoy segura de que encontraréis a quién entregárselo. Perteneció al santo obispo Moranis.

Geoffroi deseaba marcharse de allí de una vez, la mención al obispo hereje quemado junto a su mujer le puso la piel de

gallina, pero no podía negarle un favor a la persona que había sido generosa con su hija y con él. Cogió el rollo y lo guardó en la bolsa de viaje. Pudo observar que la mirada angustiada de la mujer pocos minutos antes, recobraba la tranquilidad. Sin más palabras, arreó a la mula y la dirigió hacia el camino de Troyes. No echó la vista atrás. Cuanto antes olvidara la pesadilla, mejor para él, y para Alix.

**E**l viaje desde Champaña les llevó semanas. Al salir de Vertus, Geoffroi únicamente tenía una idea: alejarse de allí lo antes posible. Dejaba varios trabajos sin finalizar, en especial los de la catedral de Châlons, pero nada en el mundo lo obligaría a retomar las tareas; antes prefería ir a prisión. El obispo de Châlons lo trató con desprecio cuando fue a pedirle ayuda e, incluso, comentó algo sobre la lujuria que lo había llevado a caer en los brazos de una mala mujer, de una hereje. Se tragó la humillación porque no estaba en posición de responder, pero si el obispo quería su catedral ¡que la acabara él mismo! Lo imaginó vociferando a diestra y siniestra en cuanto llegase a sus oídos la desaparición de su maestro de obras y sonrió con amargura. Después, frunció el ceño. Era urgente salir del territorio francés; podrían acusarlo de ser él también un hereje. El piadoso rey Luis IX tenía fama de justo, pero su celo religioso era más fuerte que su justicia y no tenía clemencia con los enemigos de la Iglesia, tal como había demostrado en múltiples ocasiones. Tampoco perdonaba las deserciones, y sus correos recorrían veloces el país. Debían llegar a Aquitania antes de que el obispo de Châlons y otros dieran aviso, y se les buscara por todo el reino. Aquitania era territorio inglés; allí no tenían jurisdicción las leyes francesas, y Lucien y él podrían acogerse al asilo del gremio de constructores de Poitiers o de Burdeos. Luego, a medida que se sucedían las jornadas, lo pensó mejor.

Cuanto más lejos se hallasen más difícil sería que los encontraran. Por otra parte, ya desde el comienzo de su viaje, toparon con grupos de *jacques*, peregrinos que se dirigían a Compostela, fácilmente reconocibles por sus ropas, apropiadas para defenderse del sol o de la lluvia, y sus sandalias de caminantes. También tuvieron oportunidad, a una jornada de marcha después de haber dejado Troyes atrás, en la posada en la cual se alojaron, de entablar conversación con varias personas que recorrían el mismo trayecto a lomos de caballerías, en especial con un comerciante de Calais. El hombre hacía el viaje para tantear la posibilidad de algún negocio ofertando lana inglesa, de mucho prestigio en el continente, a cambio de vino, de mayor prestigio aún en Inglaterra.

—He hecho este viaje en varias ocasiones y por los diversos caminos que llevan a Compostela —les explicó a Geoffroi y a Lucien mientras los tres hablaban en la taberna de la posada—. Es una experiencia muy interesante desde todos los puntos de vista. Va de sí que soy un cristiano fiel que a veces olvida sus deberes y es bueno para mi alma hacer recapitulación de mis faltas de tiempo en tiempo. Siempre que puedo me hospedo en un monasterio, acudo a los servicios, confieso mis pecados y me siento en paz, pero no os negaré, mis nuevos amigos, que no son estas las razones que me empujan a emprender la larga ruta que lleva a la tumba del santo apóstol martirizado.

Al decir esto, el comerciante les guiñó un ojo y bebió un largo trago de la jarra de vino que los tres compartían, después de limpiar con cuidado el borde. Era un hombre de mediana edad, con aire de haber disfrutado de la vida y continuar haciéndolo; más bajo que alto y más gordo que flaco, con aspecto cuidado como podía apreciarse por sus uñas, impolutas, su dentadura en buen estado y, sobre todo, el rostro rasurado y el

cabello largo y brillante que, por el modo de pasarse la mano por él, debía de ser su gran orgullo.

–Los tiempos están cambiando a pasos acelerados –prosiguió después de beber– y el que no sabe subirse al carro pierde las mejores oportunidades. Hay que buscar nuevos mercados, nuevos clientes, y la ruta jacobea es uno de los mejores medios para conseguirlo. No solo atraviesa infinidad de poblaciones, sino que también se conoce en ella a gentes llegadas de todas partes.

–Peregrinos que no tienen para comer y se acogen a la caridad de los monjes... –terció Lucien.

–Los hay míseros, muy míseros, eso es cierto; también los hay sinvergüenzas que venden reliquias falsas, ladrones que te roban a la menor oportunidad, asesinos y muchos otros de calaña similar, pero os equivocáis si pensáis que todos son así. A Compostela acuden nobles y plebeyos, ricos y pobres, representantes de ciudades y pueblos y, asimismo, algunos que llevan el encargo de postrarse a los pies del apóstol para cumplir la promesa hecha por sus señores.

–No me da la impresión de que valga para mucho el cumplimiento de una promesa en nombre de otros –insistió Lucien, habitualmente parco en palabras, pero a quien había soltado la lengua el vino peleón que raspaba la garganta.

–¡Claro que vale! Todo vale, si se paga un precio... a cada cual el suyo.

–Decidme maese Jean, ¿cuál de las tierras que atraviesa el Camino es la más propicia para vuestros negocios?

El maestro constructor escuchaba con una medio sonrisa en los labios la perorata del comerciante, entretenido por el entusiasmo que apreciaba en sus palabras y al mismo tiempo condescendiente, pues no había en su mundo algo que tuviera mayor importancia que la creación, y no se creaba nada comprando y vendiendo cosas.

—El reino de Navarra, sin duda. Se halla en un lugar privilegiado, en un cruce de caminos: al norte Aquitania, al este Aragón, al oeste y al sur, Castilla. Todo el mundo ha de atravesarlo para ir a Santiago. Una tierra extraña aquella... —añadió pensativo.

—¿Por qué?

—Veréis..., se extiende por las dos vertientes de los montes Pirineos, y sus gentes... ¿cómo os diría yo? Allí existe una mezcolanza de cristianos, musulmanes, judíos..., francos, ingleses y, ¡claro! navarros. Se escuchan lenguas muy diversas, sus habitantes se mezclan entre ellos sin hacerlo del todo; los más próximos a las montañas son hoscos con los extranjeros, hablan un galimatías imposible de entender, y otro comerciante, a quien conocí en mi viaje anterior, me aseguró que algunos aún conservan sus antiguas creencias paganas.

—¿Bromeáis?

—¡Por la salud de mis doce hijos e hijas, os juro que es tan cierto como que ahora estamos aquí sentados!

Geoffroi y Lucien se miraron sorprendidos y divertidos a la vez. No imaginaban a aquel hablador padre de familia tan numerosa. El constructor estuvo a punto de preguntarle cuándo, con tanto viaje, encontraba tiempo para hacer hijos, pero calló. Le interesaba conocer más sobre la tierra cuyo nombre iba emparejado al de Teobaldo, el hombre que había presidido el juicio y la ejecución de tantos inocentes.

—¿Y todo el reino es igual?

—¡No, hombre! A partir de la ciudad de Pamplona y ya dirigiéndose hacia el sur, las gentes son más abiertas, aunque no demasiado. De todos modos, Navarra es el primer tramo verdaderamente organizado del Camino; se han fundado numerosas villas y repoblado otras abandonadas durante la guerra contra los musulmanes. Es una tierra que bulle, y no ha de olvidarse que por ella pasan cada año miles de personas.

—¿Miles?

—¡Muchas! Todas han de comer, vestirse, hospedarse, muchas se establecen en ella, a la ida o a la vuelta, y se construyen nuevas casas todos los días. Os aseguro, amigos míos que, si alguien desea cambiar de vida y empezar una nueva, Navarra es el sitio perfecto para ello.

El comerciante y Lucien continuaron hablando, pero Geoffroi ya no los escuchaba. Tal vez, pensó, el reino de Teobaldo era el lugar que estaba buscando. Si el comerciante de Calais estaba en lo cierto, trabajo no le faltaría y tampoco un lugar en el que olvidar y ver crecer a Alix sin sobresaltos.

—No me parece una idea acertada —afirmó Lucien más tarde, cuando él le confió sus planes—. Sois un hombre muy conocido en Champaña, y alguno habrá que os reconozca, el propio Teobaldo, por ejemplo.

—No creo que visite Navarra con asiduidad; es un hombre de corte y dudo que sepa hacerse entender por los súbditos de su lejano reino. De todos modos, puedo cambiar de nombre si eso te tranquiliza.

—Cualquiera que sepa algo de arte sabrá reconocerlos con solo ver vuestro trabajo, sea cual sea el nombre que adoptéis.

Sonrió agradecido. Las palabras de su ayudante demostraban admiración y, aunque inmune a los halagos, apreciaba su valor. Lucien y Agnès no habían tenido necesidad de consultarse cuando él les confió su decisión de abandonar su tierra y partir a la aventura. Ambos se miraron y afirmaron con la cabeza sin intercambiar ninguna palabra.

—Si os vais, mi mujer y yo nos vamos con vos —fue todo lo que dijo el cantero.

Su primera reacción fue negarse, obligarlos a recapacitar lo que semejante decisión supondría para ellos: la pérdida de trabajo y de seguridad, del hogar que juntos habían construido y

el peligro de convertirse en unos proscritos, pero la mirada firme del hombre y la no menos firme de su mujer, que había volcado en Alix el amor de su maternidad frustrada, lo obligaron a callar. Nada de lo que él dijera les haría cambiar de opinión y, en el fondo, se lo agradecía. ¿Cómo podría apañárselas con una criatura vagando por caminos desconocidos? Únicamente se sentía seguro sentado a su mesa de trabajo, dirigiendo una obra o empuñando un cincel y un martillo.

—Entonces, nos dedicaremos a obras menores que no llamen la atención —afirmó y creyó observar un cierto alivio en el rostro del cantero.

A pocas leguas de la frontera entre Aquitania y el reino de Navarra, en Sauveterre de Bearn, mientras cruzaban el puente y escuchaba a un mozalbete contarles la historia de una reina de nombre Sanzia, sometida al juicio de Dios bajo la acusación de haber asesinado a su hijo deforme y lanzada al río desde aquel mismo puente, con las manos y los pies atados, le vino a la mente un nombre y él mismo se quedó sorprendido. Conocía a tantas personas, que raramente las recordaba una vez habían desaparecido de su vida. Semeno García de Etxauz, vizconde de Baigorri, había acudido a Provins en el séquito del obispo de Pamplona, para rogar a Teobaldo que se trasladase a Pamplona lo antes posible a fin de recibir la corona de su tío Sancho el VII, llamado “el Fuerte”, que había muerto sin heredero.

Tras la recepción en Provins, el nuevo rey y sus súbditos navarros pernoctaron varios días en el hermoso castillo condal del monte Aimé. Geoffroi recordaba a Semeno García porque fue el propio señor de Etxauz quien pidió se le presentara al maestro de obras.

—¡Brillante trabajo el vuestro! ¡Sí, señor! Si algún día decidís cambiar de aires, venid a verme —le había dicho el noble navarro—. ¡No os ha de faltar labor!

–Estoy seguro de que en vuestro país existen constructores capaces, vizconde –respondió él cortésmente con una pizca de ironía en el tono de su voz.

Le resultó divertido que un señor rural le ofreciera trabajo en un lugar remoto del cual únicamente sabía que era el del nacimiento de la condesa, madre de Teobaldo, y un par de cosas más.

–Hay buenos canteros y carpinteros –prosiguió el navarro, fijo en su idea–, pero sin refinamiento. Nuestras construcciones son prácticas, no hermosas; las vuestras son ambas cosas. ¡A lo dicho! Acordaos de mis palabras y venid a Navarra. Os gustará, ¡es el país más bello de la Tierra!

Semeno García había entonces soltado una carcajada y se había bebido de un trago el contenido de la copa de cristal que sostenía en la mano en un ademán más propio de un labrador que de un caballero. Sus últimas palabras y la forma de beber sin paladear, un sacrilegio, el mejor vino elaborado en los viñedos de Champaña le confirmaron su primera impresión: se hallaba en compañía de un patán, cuya morada, con toda seguridad, sería un establo o poco más.

Tuvo oportunidad de hablar en varias ocasiones más con el vizconde a pesar de que procuraba rehuir su compañía en cuanto los dos se hallaban en la misma habitación. El hombre lo buscaba, lo acorralaba, no dejaba de hablar de su tierra con una veneración exagerada aun para una persona apegada a su lugar de origen y acababa insistiéndole para que le hiciera una visita. Respiró tranquilo cuando los enviados navarros regresaron a su país y se olvidó del asunto. ¡Poco se imaginaba él entonces que cuatro años más tarde la necesidad estuviera a punto de obligarlo a cumplir una promesa nunca hecha!

–Pero la reina Sanzia no se ahogó y así todo el mundo supo que era inocente –finalizó la narración el mozalbete, con una gran sonrisa en su cara sucia y la mano extendida.

Le dio una pieza de cobre, y continuaron por la ruta de los peregrinos en dirección a la plaza fortificada de San Juan, al pie de los Pirineos. Un gran número de personas de todas las edades y condiciones se hallaba ante la muralla, a la espera de la apertura de las puertas de la población para poder entrar y disfrutar de un buen merecido descanso tras las largas jornadas de viaje desde tierras lejanas. Las había procedentes de Italia y de la Provenza, de Alemania y de Borgoña, de Inglaterra, de la región de Champaña y de Flandes; llegaban por el camino de París, por Burdeos, y también de Vézelay por Limoges, y de Puy-en-Velay. Los tres caminos se encontraban en la pequeña aldea de Ostabat, en Navarra, para encaminarse juntos hacia San Juan, la primera población suficientemente grande para albergar a cientos de peregrinos e inicio de la ruta santa hacia Compostela. San Juan de Urrutia, así llamada por el nombre de la pequeña iglesia situada en el interior de la fortaleza que controlaba el paso de ingentes cantidades de viajeros, sobre todo durante los meses de buen tiempo, recibía a los peregrinos con dos sentimientos encontrados: la suspicacia ante los desconocidos y, también, la satisfacción por los beneficios que su llegada suponían. El antiguo poblado, conocido por sus habitantes naturales como Garazi, se había transformado en un floreciente centro de actividad religiosa, cultural y artesanal.

Por fin, se escuchó la campana de la iglesia. Unos instantes después se abrieron las puertas, y comenzó la lenta entrada de los viajeros, obligados a abonar el peaje. Algunos, los menos, pagaban en moneda y pasaban sin mayores problemas; otros ofrecían una buena piel de zorro o cualquier otro objeto de valor tasado por un experto con cara de pocos amigos sentado a una pequeña mesa; otros mostraban un documento expedido por algún obispo o abad importante, también examinado con detenimiento pues eran muchos los pillos que vivían de

la falsificación de documentos. Finalmente quedaba el grueso de aquellos que pretendían entrar en la población y no disponían de dineros ni documentos. Eran mendigos, peregrinos pobres, vagabundos, gentes huidas de sus tierras a causa del hambre o de la guerra, o extranjeros incapaces de hacerse entender, mercachifles y volatineros, que esperaban encontrar un medio de vida en la famosa ruta santa, a lo largo de la cual, según se decía, había posibilidades para todos. Estos eran examinados con atención por un médico en busca de enfermedades indeseadas; por un representante de la ley en busca de alguna señal de criminalidad; o por un sacerdote en busca de posibles herejes, no en vano el Camino traía consigo escapados de las hogueras, ocultos bajo las esclavinas y sombreros de ala ancha. El grupo de parias se veía humillado y controlado, pero aceptaba con resignación la prueba ya que era la única manera de lograr el descanso, un lugar para reponer las fuerzas y algo que llevarse al estómago, antes de emprender el paso de los Pirineos, el tramo más difícil y peligroso del viaje. De todos modos, ricos o pobres estaban obligados a pasar el control de entrada a la población.

—¿Nombres?

—Geoffroi Bisol, mi hija, Alix, el maestro cantero Lucien Maurice y su mujer Agnès.

—¿Vuestra profesión?

—Maestro de obras.

—¿De dónde venís?

—De Champaña.

—¿Adónde os dirigís?

—A Baigorri.

—¿Razón?

—Visitar a Semeno García, señor de Etxauz y vizconde de Baigorri por el rey de Navarra. Soy su invitado.

La respuesta debió de sorprender al funcionario porque alzó la vista de la hoja en la que estaban escritas las preguntas obligadas y examinó atentamente a la persona que tenía delante antes de permitirle la entrada a él y a sus acompañantes.

Era difícil dar un paso dentro de la población. La calle estaba atestada, al igual que sus alrededores; se escuchaba hablar en decenas de lenguas diferentes, en medio de empujones y pisotones; los comerciantes se desgañitaban ofreciendo capas, sombreros y bordones; los ladrones acechaban una posibilidad para hacerse a la bolsa de las personas con aspecto acomodado y los mendigos no dejaban pasar a nadie sin echársele encima y pedirle un óbolo en nombre del señor San Yago. Los viajeros pudieron también contemplar, subidos en sacos de carbón, barricas de cerveza y otros, a un buen número de frailes harapientos ofreciendo a los peregrinos reliquias de santos, tan diversos como dudosos, para su protección ante los peligros que los esperaban al otro lado de las montañas.

—¡Babel debió de ser algo parecido a esto! —gritó Geoffroi a Lucien.

Los dos hombres desistieron de continuar en el carro y se apearon para asir las riendas y dirigirlo por entre la muchedumbre mientras Agnès sujetaba a Alix con una mano, un palo en la otra y los ojos bien abiertos para impedir que algún avisado se aprovechara de la situación e intentara sustraer algo del interior de la carreta. Lograron escapar del atolladero tras muchos esfuerzos y salir por el otro extremo de la muralla que, curiosamente, estaba desprotegido. Como si allí no hubiera necesidad de vigilancia, las gentes del pueblo entraban y salían con toda tranquilidad portando aperos de labranza y cestos para la recogida de vegetales y frutas.

Geoffroi se dirigió a una mujer que llevaba un enorme cesto lleno de ropa y le preguntó por el camino hacia las propiedades

del vizconde Semeno García, pero la mujer no pareció entender sus palabras, sonrió y le respondió algo que tampoco él entendió. Insistió, y Lucien también intentó mediar, pero no hubo forma. Al poco rato, se hallaban rodeados por otras mujeres y algunos hombres, todos hablando a la vez. Lo único que los viajeros sacaron en claro fue que aquellas gentes les señalaban la zona alta y repetían “Donejakue” para indicarles el camino de los peregrinos. Iban ya a darse por vencidos y regresar al barullo en busca de alguien con quien poder explicarse cuando un hombre se aproximó al grupo.

–¿Deseáis algo? –preguntó en correcto romance francés.

El constructor respiró aliviado.

–Buscamos la propiedad de Semeno García, señor de Etxauz.

–¿Conocéis a mi señor, el vizconde?

–En efecto, tuve el placer de entablar amistad con él en el castillo del conde de Champaña.

–Del rey de Navarra –puntualizó el hombre.

–Sí, claro –corrigió rápidamente–, del rey de Navarra.

–Mi señor vive en Baigorri, a legua y media de aquí siguiendo por este mismo camino. Si me lo permitís yo mismo puedo acompañaros. Mi nombre es Oriol.

Poco después se ponían de nuevo en marcha. Sabiéndose en la buena dirección tras el caballo del tal Oriol, Geoffroi se dedicó a contemplar el paisaje que les rodeaba. En algo tenía razón el noble navarro que tan mala impresión le había causado: aquella tierra era de una belleza difícil de describir. Tan pronto la vereda que pisaban desaparecía en medio de un bosque frondoso, como ascendían por una colina desde la cual se divisaba una región inmensamente verde, rodeada de montes cuyas cumbres desaparecían en la niebla. El cielo estaba cubierto de nubes de un color gris amenazador de lluvia, pero en algunos tramos, se entreabrían para dejar paso a un rayo de sol que

iluminaba un caserío aislado o un pequeño valle aparecido como por encanto, creando un efecto casi irreal. El maestro tenía un sentimiento encontrado de atracción y de rechazo a la vez. Le fascinaba la visión de una tierra montañosa, tan diferente a la suya propia y a las atravesadas durante las últimas semanas, pero que, al mismo tiempo, había en ella algo de misterioso. Era un hombre con los pies en el suelo; no le gustaban las sorpresas o cualquier cosa que no pudiera entender con claridad. Sin embargo, algo en su interior le decía que aquella sería la tierra en la que sus ojos se cerrarían algún día.